Jalisco á las órdenes del general Miñón y en 1854, por la acción de Temajalco, ganó el grado de coronel, y al mes la efectividad. El 20 de Octubre, se hizo caudillo de la revolución de Puebla, y como segundo jefe, defendió la plaza con cuatrocientos soldados y seiscientos paisanos. Cuarenta y tres días sostuvo el sitio; rechazó toda capitulación; se evadió entonces y con ciento cincuenta hombres sorprendió en 1857 la ciudad de Toluca, donde se apoderó de piezas de artillería marchando después sobre Temascaltepec que defendían doscientos hombres, allí fué herido y tuvo que retirarse. Se unió á las fuerzas reaccionarias en el Sur, atacó á Cuernavaca é hizo capitular á las tropas de la guarnición.

En el golpe de Estado, dado por Comonfort, se adhirió al plan de Tacubaya reformado y en la capital de la República, se apoderó de la ex-Acordada y del Hospicio, ascendiendo á general de brigada. Tomó parte en varias acciones en el interior, recobró San Luis Potosí, que se vieron obligados á abandonar los liberales, y ganó la célebre batalla de Ahualulco, tomando más de tres mil prisioneros y treinta y una piezas de artillería. Su temeridad corría parejas con su valor, y para él, tratándose de la guerra, no existía la palabra imposible. La batalla de Atequiza, fué otro de sus triunfos así como la de San Joaquín, y las Barrancas de San Beltrán.

El joven caudillo, ocupó la suprema magistratura con aplauso de todos, y su primer pensamiento fué posesionarse de Veracruz, obteniendo del clero, los recursos necesarios. El 16 de Febrero de 1859 salió para el puerto con el propósito de sitiar la plaza, precedido por los batallones destinados á secundarle en el atrevido propósito: los ministros quedaron encargados del despacho y el comandante general don Antonio Corona.

En Puebla, no tuvo límites el entusiasmo, y á su llegada le aplaudió el pueblo frenéticamente. En Orizaba, tuvo el mismo recibimiento, y ya desde allí, empezó á tomar disposiciones para apoderarse de los puntos más estratégicos y proceder al cerco de Veracruz.

Entretanto que Marimón, emprendía de frente la difícil campaña contra el puerto, aprovechaban los constitucionalistas para

tomar las principales ciudades en el interior, derrotando á las fuerzas de Joaquín Miramón, y aproximándose á México.

Don Santos Degollado, tomaba los réditos de capitales que pertenecieron á corporaciones eclesiásticas, dotando al culto y á los sacerdotes para su sostenimiento.

En Veracruz, no se escaseaba medio para hacer una formidable defensa, abriendo fosos, artillando baluartes y murallas, y negociando á la vez el arreglo de las reclamaciones de la marina francesa en pugna con los Estados Unidos. Se dió una proclama con objeto de conseguir la deserción de tropas, entre las de Miramón, pretendiendo fueran á engrosar las filas de los liberales. En la Barranca de Jamaca, había sido vencido un destacamento de Miramón, y los liberales tenían fe en el éxito.

Guanajuato fué tomado por los liberales que sitiaban también á San Luis y Guadalajara, y en Morelia, establecieron fundición de artilleria, fábrica de pólvora y de proyectiles para el ejército.

La atención general estaba fija en Miramón y en Veracruz, pues del éxito de uno ú otro bando dependía tal vez el porvenir de la República. El activo y habilísimo presidente Juarez dispuso que fuerzas constitucionalistas del interior se dirigieran sobre México, confiando el cumplimiento de estas órdenes á don Santos Degollado y á don José J. Alvarez. La capital fué declarada en estado de sitio; las autoridades dejaron de funcionar, y el principal éxito fué alejar á Miramón del cerco de Veracruz.

El puerto continuaba tomando toda clase de precauciones, para la defensa, y los fosos tenían estacadas y alambrados: grandes hogueras ardían de noche en todo el cerco de la plaza; algunos españoles fueron acusados de estar de connivencia con los reaccionarios, y se les redujo á prisión preventivamente. El asalto era muy difícil así lo consideraron los jefes del ejército de Miramón, y cuando se disponían á estudiar los medios para reducir la plaza, levantó el campo aquel jefe sin disparar un tiro y salió precipitadamente para México al tener noticia que los seis mil soldados de don Santos Degollado, amenazaban á la capital. El plan de don Benito Juarez, había tenido feliz y cumplido éxito.

No fueron afortunadas las tropas de los liberales por haberse concentrado fuerzas reaccionarias, siendo batidas por el general Marquez; la derrota fué desastrosa y tuvo lugar el 11 de Abril de 1859; en ese mismo día, y ya vencedores los reaccionarios llegó Miramón, á la capital y apenas se dió tiempo de tomar una escolta y correr al campo del combate llegando cuando aun se disparaban algunos tiros.

Varios jefes cayeron prisioneros, y otros se pusieron en salvo, entre éstos don Santos Degollado, atribuyéndose en gran parte haber sido vencidos, á la falta de cumplimiento del apoyo ofrecido por sus partidarios en la capital. La artillería, pertrechos, prisioneros y hasta el equipaje del señor Degollado, todo fué el botín de las tropas victoriosas que aclamaban á Miramón, con delirante entusiasmo, suavizando en parte la impresión producida en el caudillo por la retirada de Veracruz.

Los prisioneros fueron objeto de crueles tratamientos, y Marquez, asumió la responsabilidad de tal dureza y de los fusilamientos que se ejecutaron, aun cuando trató de presentarse como factor de las órdenes de Miramón.

El 12 de Abril, entraron las tropas vencedoras en la capital entre arcos de triunfo y con toda la población engalanada. El joven presidente Miramón y su esposa, presenciaron el desfile, fijándose en que los cañones iban cubiertos con piezas de ropa que también se enarbolaban en las puntas de las lanzas, como trofeos, pues habían formado parte del uniforme constitucionalista.

El general Marquez, llevaba una banda roja regalada por una comisión de señoras; en ella se leía: «A la virtud y al valor, la gratitud de las hijas de México.» Miramón, asistió al «Te-Deum,» y recibió en palacio las numerosas felicitaciones; poco habló de su expedición á Veracruz, señalando como causa principal de la retirada, el interés por las tropas, que sufrían mucho en aquel clima.

De alta importancia fué la derrota de Tacubaya, pero aun así no se dieron por vencidos los constitucionalistas, tanto más cuanto que los Estados Unidos, habían reconocido como presidente á don Benito Juarez, enviando á Mr. Mac-Lane como representante de la gran República. Miramón, hizo reclamaciones por medio de su ministro en Washington, el que protestó, declarando nulos y sin ningún valor los contratos ó convenios celebrados con Juarez.

En el público causó honda impresión lo sucedido, así como también la produjo en las cortes europeas. En México, seguían ocupándose en organizar ejército para marchar á Michoacán, y á los departamentos del centro; los constitucionalistas tomaron á Colima, ocuparon á San Luis, y tuvieron algunas ventajas y victorias. La revolución se extendía hasta Tehuantepec, paralizando las obras que allí se llevaban á cabo por orden del jefe político y militar el ya muy celebrado don Porfirio Díaz que á favor de sus aptitudes militares, ganaba de día en día singular prestigio.

Los reaccionarios se posesionaron de Morelia, y Marquez participó de las demostraciones de alborozo que la ciudad dedicaba á los partidarios de la reacción, sin fijarse el vecindario en su propia ruína, ocasionada por ambos bandos, al ocupar alternativamente la ciudad. En Guadalajara, tuvo Marquez, la acogida de un procónsul romano: el ayuntamiento hizo más; regaló al vencedor en Tacubaya, un rico bastón con puño de oro, cintillo de diamantes y topacio en el centro.

No tomaba punto de reposo el clero para mantener á sus feligreses en continua excitación contra los liberales, y el estado general de México, empeoraba en aquella lucha interminable, en aquella desmoralización de los partidos, en la continua ansiedad que resultaba de los saqueos, de las sentencias de muerte y de los prisioneros, que yacían en las cárceles dejando en el mayor abandono á sus familias. La situación precaria de ambos gobiernos era cada día más insostenible, y ni uno ni otro, podían moderar los excesos cometidos por las diferentes partidas ya reaccionarias, ya liberales.

Con pretexto de la causa política, se entregaban á toda clase de excesos aquellas guerrillas que muchas de ellas, se componían de salteadores y asesinos que aterraban á las poblaciones, y á su paso dejaban la huella de los crímenes, de la miseria y del incendio, siendo el guerrillero Carvajal el que más tristemente se hizo célebre. Los ministros de Miramón, procuraban sin tregua plantear el orden y la moralidad; la mayoría de los hombres de su partido creían con fe ciega

que México no recobraría la paz y el engrandecimiento, sin que un príncipe extranjero estableciese la monarquía.

Cambiáronse los ministros; se alteró el plan gubernativo, y Miramón, en un manifiesto, dibujó con perfección el estado tristísimo del país, sembrando en aquél ideas liberales con respecto á la imprenta.

A la vez el presidente Juarez, publicó otro manifiesto, que coincidía en ideas con el de Miramón. En Veracruz, se dió al público la ley de nacionalización de los bienes del clero, que suprimía las comunidades de frailes y dejaba independiente de la iglesia al Estado; extinguía las cofradías y hermandades y todas las congregaciones religiosas, declarando que habían sido y eran propiedad de la República los bienes del clero secular.

Puede considerarse que la ley de nacionalización fué un avance tan grande, como nadie se había atrevido á darlo hasta entonces. Un verdadero desafío; un guante lanzado por Juarez á la reacción; un atrevimiento en aquella época aun relativamente atrasada; una audacia que hasta muchos de los partidarios de Juarez vieron con sorpresa y temor. Desde luego se puso en vigor; desde luego se llevó á cabo la venta de bienes eclesiásticos, y llovieron las protestas, y el clero fulminó escritos y manifestaciones enérgicas, y como á la vez, los recursos escaseaban por completo en el campo reaccionario, como se derogaron antiguas contribuciones y se emitieron bonos por ochenta millones de pesos, en cambio de créditos especiales con un alto interés, acudieron con exposiciones á Miramón, para que hiciera suspender la ley de Hacienda, dada por Peza, que no solamente era imposible llevar á cabo, sino que completaba la ruína del país. Otra nueva ley fijó la atención general en el gobierno de Veracruz, cual fué la del matrimonio civil, por el que resultaba un contrato válido ante una autoridad, que tuvo las mismas luchas, la misma oposición, y hasta el combate de principios como la anterior. El partido conservador, tomó base para atacar á los liberales en el sentido religioso, alegando que el matrimonio civil estaba en oposición con el culto religioso. Las leyes de reforma dieron lugar á serias discusiones, á motines, y hasta discordias en el seno de las familias.

Por aquel tiempo, Miramón, estaba sumergido en una especie de marasmo, que paralizaba en cierto modo las nobles aptitudes del guerrero y la activa perseverancia del gobernante para contrarrestar lo peligroso de la situación en que se encontraba el partido conservador.

Respetables cuerpos de tropas, al mando de don Santos Degollado, avanzaban hacia Querétaro, y entonces el presidente, marchó para aquella ciudad decidido á resolver en campal batalla, el conflicto ya tan largo y penoso.

El 12 de Noviembre de 1859, se lanzó el general Miramón, al encuentro de sus enemigos, y en la Estancia de las Vacas, se aprestó al combate, se batió con el arrojo peculiar en él y derrotó á sus enemigos, tomándoles treinta piezas de artillería, municiones, armas, carros y prisioneros, entre los que se contaban los generales Tapia y Alvarez.

Precisamente el joven caudillo había rechazado la oferta que se le había hecho del cargo de general en jefe del ejército, si él se adhería á la Constitución de 1857. El triunfo obtenido contra los liberales fué celebrado en México con gran pompa, y el nombre de Miramón resonaba por toda la República, más aun cuando sus soldados fueron vencedores en Tulanzingo y en otros puntos.

El combate de la Estancia, resultó doblemente perjudicial para los liberales, porque representaba la primera parte de un plan de guerra vastísimo y hábilmente combinado.

Juarez, deseoso de llevar á cabo la pacificación del país, anhelante de acabar aquella anormal situación escuchó las insinuaciones de Mac-Lane hechas en nombre de los Estados Unidos y por ellas se aceptaba la protección norteamericana: se hacían algunas concesiones, y en el tratado Mac-Lane-Ocampo se comprometía el gobierno de Washington, á auxiliar á Juarez, pecuniariamente y con tropas y víveres, pactando en el tratado que el gobierno mejicano, aceptaba aquel protectorado siempre que por su parte la República norteamericana estuviera dispuesta á cumplir sus compromisos; se pactó protección recíproca; cláusula no ventajosa para México, en el caso de una intervención de los Estados Unidos.

Fué general la indignación por aquel tratado creyéndole un ataque á la integridad del territorio, á la independencia, á la

religión católica, al comercio, y por último á la dignidad y honra de la Nación. Verdaderamente que de haberse firmado tal vez hubiera tenido consecuencias desastrosas para el país. En el Senado de los Estados Unidos, se reprobó el tratado.

Mientras tenían lugar tan serias negociaciones, ínterin Juarez, agotaba todos los medios para vencer á la reacción, en el campo de ésta, había tenido entrada el peor y más temible enemigo: la desunión. Miramón, en varios encuentros con los liberales, los derrotó y volvió á México, para combinar un ataque definitivo á Veracruz: con tal objeto tomó disposiciones y dió sus órdenes, para que por el ministerio de la Guerra se activase la preparación de cuanto era necesario. Miramón, se dirigió á Veracruz, para tomar el mando de la división que tenía Robles, á sus órdenes, en combinación con una escuadrilla que debía zarpar de la Habana, sin contar que Buchanán se había empeñado en impedir que aquellos buques llegasen á su destino cortándoles el paso los norteamericanos. Las partidas aisladas, las guerrillas, las cuadrillas de bandidos, pululaban por todos los caminos, en todas las aldeas, en las cercanías de las grandes propiedades; fuertes núcleos de constitucionalistas, estacionaban á corta distancia de la capital, interceptando la correspondencia, amenazando continuamente y hostilizando á los reaccionarios.

Aquellos dos partidos, que durante largo tiempo luchaban y luchaban sin tregua, entre los que no existía avenencia posible, habían reducido el país á la más triste condición, hasta el punto de concebir propósitos contrarios á las libertades patrias.

En los mensajes de 1859 y 1860, ya expresó el presidente Buchanán, que los Estados Unidos, debían prestar auxilio á México sin permitir lo hiciera ninguna nación europea. En Veracruz se tomaron todas las precauciones para la defensa, y por su parte Miramón, dirigiéndose al cuerpo diplomático el 4 de Febrero de 1860, hizo saber iniciaba la campaña definitiva contra Veracruz, haciendo comprender sería la decisiva. El clero fué el arma poderosa de los reaccionarios, que obtuvieron setenta y ocho mil pesos para organizar la expedición naval con el objeto de atacar á la ciudad por mar y tierra.

En Jalapa, tuvo noticia Miramón, de que el general Marín, con la escuadrilla llegaría á fines de Febrero, pero declarada ya filibustera, por el gobierno de Veracruz.

Miramón, avanzaba lentamente, esperando noticias del general Marín; le seguían tres mil soldados con artillería y parque, con todo lo indispensable para construir trincheras; con suficientes tiendas de campaña, mientras que con la ausencia del presidente, se reorganizaban las tropas republicanas, que habían sido derrotadas, animadas porque una mayoría de la República, aceptaba la bandera constitucional.

Porfirio Díaz, González Ortega, Garza, Uraga y otros atacaron á Toluca y con el propósito de marchar en breve, sobre México.

Ya cinco mil soldados se hallaban en la Costa ardiente y públicas rogativas pedían la victoria para las tropas de Miramón, y ya Negrete, avanzaba desde Orizaba, para unirse con el presidente, acampado en Medellín, esperando noticias de los buques. Su asombro no tuvo límites cuando el «Indianola» vapor norteamericano, fondeó en Veracruz y con otros de la misma nacionalidad, estacionó cerca de la fortaleza de Ulúa, en actitud de defensa para el pueblo.

Aquel vapor, había sido adquirido por Juarez, para perseguir á la escuadrilla procedente de la Habana.

Entabláronse negociaciones entre el puerto y Medellín, que ninguno de los dos presidentes aceptó, y entretanto las guerrillas, hostilizaban el campamento de Miramón.

Por aquel entonces, el vapor inglés «Valerous» pasó con permiso de Juarez para Medellín, y su comandante Aldhan, entregó á Miramón, un pliego de Lord Roussel, significativo y terminante, expresando que el gobierno inglés, vería con satisfacción se estableciera un armisticio de seis meses ó un año, para dar lugar en ese intermedio á la reunión de una asamblea nacional, que pudiera dotar al país con un gobierno estable y de orden; que en el armisticio debía proclamarse la tolerancia civil y religiosa, y si la proposición no se aceptaba, se vería en la necesidad el gobierno de S. M. B. de pedir reparación á los dos partidos, por las pérdidas que habían sufrido los súbditos ingleses.

Miramón, aceptó el armisticio siempre que fuera con la me-

diación de Inglaterra, Francia, España y los Estados Unidos, con suspensión de las hostilidades, el respeto á los tratados ratificados sin hacer otros nuevos, hasta que la asamblea, resolviese siendo compuesta de individuos que hubieran ocupado puestos públicos de 1822 á 1853.

Por su parte Juarez, rechazó la iniciativa inglesa, dando una proclama, negándose á toda idea de transacción y arrogando para su gobierno, el vapor «Indianola» aun cuando tenía bandera norteamericana, acompañado en la bahía, por los buques de guerra, «Saratoga,» «Sawannah» y «Preble.»

El 6 de Marzo, llegó la escuadrilla tan ansiosamente esperada por los reaccionarios y que se componía de dos buques «General Miramón» y «Marqués de la Habana.» Anclaron en Antón Lizardo, habiendo recibido ya á bordo algunos oficiales de la tropa de Miramón. Apenas se avistaron los buques empezaron á moverse los norteamericanos que se hallaban en bahía, y después del cambio de algunos marineros de un vapor á otro, salieron el 6 de Marzo, para atacar á la escuadrilla como lo hicieron á las doce de la noche. Los buques reaccionarios, fueron vencidos, el «General Miramón» al emprender la fuga encalló, la «Saratoga» disparó noventa cañonazos; los norteamericanos se apoderaron de los buques de Marín, capturando mil bombas, dos morteros, cuatro mil armas de infantería y sesenta mil raciones. Al general lo condujeron á la cárcel pública de Nueva Orleans con la presa hecha por los buques norteamericanos.

No podía el general Miramón, conservar esperanzas para el triunfo, puesto que los liberales contaban con tan poderoso apoyo, y al declarar que la escuadrilla era filibustera, daban derecho á tomar participación en la lucha á la marina norteamericana por más que la conducta seguida por ésta fuese altamente arbitraria al dirigirse contra dos buques que pacíficamente estaban fondeados en Antón Lizardo.

El distrito de Nueva Orleans, lo comprendió así, cuando la corte de justicia declaró ilegal y atentatoria la captura de los buques, disponiendo que le fueran devueltos. Entabladas negociaciones para formar un proyecto de armisticio, no se conformó el presidente Juarez, con algunos de los puntos establecidos en aquellas bases, puesto que las cuestiones pendientes,

habían de resolverse según marcaba la Constitución de 1857, y no admitiendo mediación de potencias extranjeras. Miramón, rehusó las modificaciones hechas por Juarez, y se terminaron las negociaciones sin resultado plausible.

Comenzó el sitio y el bombardeo, desde el 15 y se prolongó hasta el día 20, resolviendo dar un asalto, que no se llevó á efecto, y fracasado el plan, se impuso la retirada, habiendo sufrido las tropas de Miramón, considerables bajas; no así por parte de los sitiados, porque la mayoría de los habitantes buscaron asilo en los buques y en el castillo de Ulúa.

El 21 de Marzo hizo levantar Miramón el campamento y efectuó su retirada por Jalapa, llevando consigo el dolor profundo de ver fracasadas todas sus esperanzas, y la ruína del partido conservador, que comprendiéndolo así, fué en grandes proporciones aumentando las filas de los constitucionalistas. El joven y valeroso presidente, no admitía los agasajos que se le prodigaban, y entristecido y desalentado llegó á México.

El famoso sitio de Oaxaca, que duró noventa y ocho días, fué uno de los hechos más memorables de aquella campaña en la cual se mostraron á la misma altura, sitiados y sitiadores.

Estrechos son los límites, para encerrar tantos y tantos sucesos culminantes que se sucedieron en aquella época y en los cuales el general Miramón, sobresalió tanto por su actividad sin rival, cuanto por su temerario valor, pues sabido es que ocupó siempre en las batallas los puntos de mayor riesgo, y arrostró todos los peligros.

El general Uraga jefe de grandes condiciones militares, atacó á Guadalajara el 25 de Mayo de 1860, allí fué herido en un muslo y cayó prsiionero, pocas horas antes de presentarse Miramón en el campo del combate. Seis mil soldados acompañaron al presidente al Sur de Jalisco y con ellos, los generales Mejía y Castillo, pero los liberales mandados por el general Zaragoza, se habían hecho fuertes en la cuesta de Zapotlán, donde consideró Miramón, sería imposible vencerlos.

Fué entonces cuando dirigiéndose á León, se fugó el señor Zuluaga, resolviendo el Consejo desobedecer en un todo al

fugado mandatario y acordar á Miramón, continuase en la presidencia.

El gobierno conservador agonizaba, y para todos era indudable el triunfo de los constitucionalistas, apoyados por la opinión pública, que al admirar la perseverancia de aquellos hombres que combatían por sostener la legalidad y la Constitución de 1857, se unió poco á poco á ellos con la esperanza de la pacificación y de entrar en una era de orden y de tranquilidad, á pesar de que la actitud de las naciones europeas no fuera á propósito para inspirar confianza.

El 10 de Agosto en las lomas de Silao hubo un combate y la victoria fué para los liberales, debiéndose el triunfo al general Zaragoza y á González Ortega, con sus «Divisiones unidas de Zacatecas y Michoacán.»

Miramón vencido y sin abandonar el campo de batalla hasta el último momento del desastre, volvió á la capital, y en consejo de ministros se resolvió ceder el mando por unos días al presidente de la Suprema Corte, don Ignacio Pavón.

Una de las causas alegadas por el caudillo de la reacción, fué el conservar Zuluaga su carácter de presidente de la República, en lo cual era preciso hacer un cambio para que cesara la interinidad con la que le había revestido el mismo Zuluaga, y procediendo á la elección, recayó de nuevo la interinidad en el general Miramón, electo por la Junta de los representantes de los departamentos, dando esa apariencia de legalidad, al gobierno establecido.

En el discurso que pronunció el presidente al ser felicitado, dijo: «Señores; no es de almas nobles dejarse abatir por las desgracias; señores ánimo, ya triunfará la causa santa que defendemos, ya se pondrá México en camino de ocupar un lugar distinguido entre las naciones cultas.»

Las tropas liberales después de su victoria en Silao, siguieron adelantando hacia Querétaro, pero después se retiraron para el interior no teniendo aún la seguridad de un alzamiento en la capital. Los reaccionarios se prepararon para una nueva campaña, y el general Miramón, nombró otro ministerio, entretanto que los liberales habían tomado á Oaxaca, siendo tan apremiantes los acontecimientos, que el gobierno hizo surtir de víveres á México, porque los enemigos habían conseguido aislar á la capital con el resto de la República. Todo hizo creer que los constitucionalistas harían un avance para atacar á México.

Miramón, organizó sus fuerzas haciendo tres fracciones al mando de Robles, Marquez, y Mejía, y fueron llamadas á la capital, las tropas que estaban situadas en Oriente. González Ortega, había pasado para Guanajuato y en la mayoría de las poblaciones del interior, se publicaban las leyes de reforma, adquiriendo fondos en Laguna Seca que en conducta iban para Tampico, ofreciendo don Santos Degollado, que al triunfar, se devolverían todas las sumas que hubieran sido útiles para la victoria de la buena causa.

Las dificultades que surgieron con motivo de la manera arbitraria de conseguir recursos, dió por resultado la hostilidad del comercio viéndose defraudado en sus intereses, que á tanto obliga en momentos supremos el patriotismo como lo demostraron Doblado y Degollado al adueñarse de fondos pertenecientes al comercio.

Los liberales, se dirigieron sobre Guadalajara y Miramón nada pudo hacer para auxiliar á la ciudad, pero en cambio los generales Marquez y Mejía, se posesionaron de Querétaro. Por entonces se trataba de organizar rápidamente en la Habana, una expedición de diez mil soldados protegida por el gobierno de Doña Isabel II de Borbón, y provocando á los Estados Unidos, á enviar nuevos buques de guerra á la bahía de Veracruz en momentos en que la gran República del Norte se disponía á sostener la guerra civil, aquella guerra, asombró de ambos continentes, por lo fabuloso de los ejércitos del Sur y del Norte.

Sitiada Guadalajara, por diecisiete mil soldados, estaba próxima á sucumbir, y para evitarlo salió Marquez á marchas forzadas y llegó hasta Guanajuato, donde fué derrotado por tropas liberales.

El 29 de Octubre, faltos de víveres y de municiones los sitiados, entraron en negociaciones con el general Zaragoza, y se celebró un convenio ratificado por González Ortega. Las tropas de cada partido, debían salir de la población y alejarse doce leguas en radio; los sitiadores al Oriente y los sitiados

á Poniente, quedando en la plaza la artillería del general Castillo: habían de nombrarse delegados por ambos bandos, para arreglar condiciones que hicieran la unión de los conservadores á los liberales, á fin de marchar juntos sobre México, y de no ser aceptadas las bases, quedaban libres para continuar las hostilidades.

Los reaccionarios salieron para Tepic llevando las armas descargadas y las fuerzas de González Ortega, se dirigieron á Tololotlán, derrotando á las de Marquez el 10 de Noviembre de 1860, por ignorar este jefe hasta última hora los convenios hechos en Guadalajara, y volvió á México con la noticia de la derrota.

Miramón, dió un manifiesto y por aquel revés de la suerte, el general Castillo sufrió críticas acerbas, tanto por no haber resistido hasta la llegada de Marquez, cuanto porque podía haber hecho una salida intentando reunirse con las tropas de aquel general, que esperanzado aún, aconsejaba concentrarse en México, para vencer á los constitucionalistas. Miramón, no se forjaba ilusiones y para el 3 de Noviembre, convocó una Junta de notables, para acordar el medio que podría emplearse en aquellos días supremos. A la Junta asistieron, el arzobispo, el obispo de Monterey, dignidades eclesiásticas, generales y otras varias personas importantes, acordando en la segunda reunión, la defensa de México que con Puebla, eran las únicas fieles hasta entonces á la reacción. Para conseguir recursos, habían recurrido á fortunas particulares y al clero, así como también al allanamiento de domicilios para incautarse de los fondos allí existentes.

Concentradas en México las fuerzas se preparó la capital á la resistencia. En Puebla igualmente y al oponerse á las tropas de Ampudia, éstas avanzaron cortando la comunicación con aquella ciudad, hasta que sabedor de lo ocurrido en Guadalajara y del triunfo sobre las tropas de Marquez, resolvió el general Ampudia, marchar sobre México, que fué declarada en estado de sitio el 7 de Noviembre, y al finalizar aquel mes, se vió la capital completamente encerrada en el círculo de las tropas constitucionalistas, reforzadas con las de González Ortega, siendo tal la confianza en el triunfo que ya el 6 de Noviembre de 1860, convocó el señor Juarez, el Congreso

general para hacer la elección de diputados y de presidente constitucional, según la ley orgánica de 1857. Sucesivas victorias, la confianza de los liberales, la marcha para tomar la capital, dió al partido de la ley, nueva fuerza, agrupándose bajo su bandera muchos de los reaccionarios, y entre ellos gran parte perteneciente al ejército de Miramón, quien siempre valeroso, hizo una salida el 1.º de Diciembre, sorprendiendo á los liberales en San Bartolo y consiguiendo otro triunfo al caer de sorpresa sobre las fuerzas reconcentradas en Toluca, como cuartel general.

De nuevo el lauro de la victoria ciñó la frente de Miramón, tomando prisioneros á los jefes Degollado, Beriozabal, Gómez Farias y otros, así como artillería y parque, valiéndose de un estratagema cual fué que sus soldados vistieran blusas como los constitucionalistas, y al sorprender la avanzada y hacerla prisionera, llegó á Toluca, sin que allí se hubiera recibido noticia ninguna. Indecible fué el asombro hasta el punto de que los soldados quedaran sin acción para resistirse.

El golpe fué audaz, y el éxito coronó la valentía de Miramón. Los reaccionarios persuadidos de que su general en jefe conseguiría también la derrota de las fuerzas, que cercaban la capital y que se reforzaban con otras del interior, cobraron nuevo brío.

El 20 de Diciembre, volvió á salir Miramón de México, mandando ocho mil soldados, divididos en brigadas á las órdenes de Marquez, Negrete y otros generales; el 22, llegaron á Arroyozarco, estableciendo su línea entre ese punto y San Francisco Sonayiquilpam, habiendo hecho la combinación de envolver la izquierda del ejército liberal.

La batalla decisiva se dió en las lomas de San Miguel Calpulalpam y sólo duró dos horas.

La funesta guerra de reacción, la serie de batallas, de desastres y de ruína, finalizó allí. Los soldados de González Ortega, eran dieciséis mil: la lucha fué encarnizada por uno y otro bando, y cuando Miramón volvió á México, vencido, convocó al Consejo de ministros, para saber su opinión en los críticos instantes que iban á decidir tal vez la suerte de México. Los ministros de España y Francia, asistieron al Con-

sejo, y salieron para dirigirse inmediatamente al campo de González Ortega, transcurriendo todo el día en una ansiedad inmensa, tomando serias precauciones para evitar la deserción de los soldados.

La vacilación fué grande: había muchos resueltos á resistirse hasta el último momento, pero se opinó por fin, que siendo imposible la defensa, era preferible una honrosa capitulación. González Ortega se negó, ultimando se rindieran á discreción: al saberse en palacio la noticia, llamó Miramón á Degollado y Beriozabal para rogarles evitaran el desorden en la capital, mientras se posesionaba de ella González Ortega.

En la Ciudadela se reunieron tropas y los más notables reaccionarios, «y después de repartirse la existencia del di»nero que ascendía á ciento cuarenta y cuatro mil pesos, sa»lieron por el camino de Toluca.»

Miramón, se separó de los que desde México lo acompañaban, para dirigirse á la costa, pero fué sorprendido cerca de Jalapa, salvándose milagrosamente, puesto que Díaz y Ordoñez, que se hallaban con él, cayeron prisioneros.

El caudillo de la reacción, logró embarcarse para Europa, en el vapor francés «Mercurio» volviendo á Veracruz, cuando las potencias aliadas hacían desembarcar sus tropas como interventoras en la cuestión de México. Miramón, fué preso por el comisario inglés Dunlop, prohibiéndole que siguiera para México y obligándole á volver á la Habana.

En 1863, entró por la frontera del Norte, se presentó á la Regencia, ofreciendo su espada, pero ni aquélla ni el Emperador Maximiliano, la aceptaron, enviándolo á Berlín.

Al finalizar el año de 1866, volvió Miramón, á Veracruz, se avistó con el Emperador, quien le nombró general en jefe de uno de los tres cuerpos del ejército, y tomó parte en varias acciones con las tropas del gobierno republicano.

Fué por entonces cuando se dió la batalla de San Jacinto, contra las fuerzas del general Escobedo: la suerte volvió á ser contraria al antiguo presidente de México, que fué derrotado en aquel encuentro.

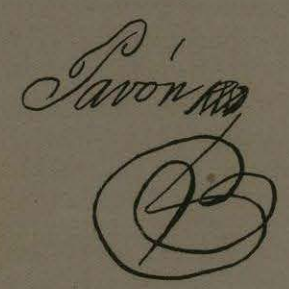
Su compañero fiel, el valor, lo llevó á otros campos de combate que le fueron ya favorables ya adversos, y en Que-

rétaro fué herido en la cara, la misma mañana del día en que la plaza fué tomada por los republicanos.

Unió su suerte á la del desventurado Maximiliano, que le cedió el puesto de honor en la lúgubre mañana del 19 de Junio de 1867 al ser fusilados en el famoso Cerro de las Campanas.

Fué notable el discurso que momentos antes de ser víctima de las balas, leyó con voz sonora y á la vez conmovida, rechazando expresivamente el dictado de traidor.

BIBLIOTECA ALFONSINA



DON JOSÉ IGNACIO PAVÓN
PRESIDENTE INTERINO. — Año 1860

Don José Ignacio Pavon

A pesar de no haber sido presidente del Ejecutivo sino pocas horas, es un deber incluirlo en la serie de gobernantes, tanto más cuanto que señala los últimos momentos de aquella larga lucha del partido conservador, al que, por ideas, por familia y por haber nacido en la época colonial, perteneció desde niño, y aun cuando á raíz de la Independencia desempeñó algunos cargos públicos, pero siempre sin decisión por ninguno de los partidos, y puede decirse neutral entre aquellos.

Reconoció á Itúrbide, y se adhirió á su gobierno; tomó parte activa en la política cuando fué aceptado el plan de Casamata, y no podía disimular la satisfacción que le produjo, la caída de Itúrbide, porque sus tendencias lo inclinaban más al republicanismo.

El Poder Ejecutivo, le dió el nombramiento de oficial mayor primero del despacho de Hacienda, y poco después el cargo de jefe político de Tabasco.

En 1825 ocupó el puesto de oficial mayor en la secretaría de Relaciones; trabajó para que Inglaterra, reconociese la independencia de la República de México, y formó parte de la Junta patriótica, que trataba de auxiliar á los independientes de la isla de Cuba.